



AGUA
HERRADA

por
Carlos Coasio

—
EMECE

Coasio

Carri

Agua hervida.

A handwritten signature or mark in the bottom right corner, consisting of a stylized, cursive script that is difficult to decipher. It appears to be a name or a set of initials.

Carri

SELECCIÓN EMECÉ
DE OBRAS CONTEMPORÁNEAS



Carlos Coasio

Carri

AGUA HERRADA

Carlos

Carri

Carlos Coquio

AGUA
HERRADA



EMECE EDITORES
Buenos Aires

Coquio

Viñeta de la tapa de:

RAÚL VERONI

Ilustración de:

MARÍA HELENA PÉREZ DEL CERRO COSSIO DE
ROMERO CARRANZA

Queda hecho el depósito que previene la ley número 11.723.

© EMECÉ EDITORES, S. A. - Buenos Aires, 1964.



LECTOR, te supongo amigo mío.
Y estas cosas que leerás son
cuadros de una gota de rocío
caída en medio del corazón.

Que como en la gota que se entrega
a las acuarelas del paisaje,
en mis cosas la soledad juega
con su pico de ave en mi plumaje.

Ave que no canta en su retiro
pues guarda silencios en su caja;
ave que, si llora en un suspiro,
lo hace para llorar en voz baja.

Ves, lector: te necesito amigo;
son confidencias de soledad;
cosas que al cabo, si yo las digo,
permanezcan en la intimidad.



A handwritten signature in black ink, located in the bottom right corner of the page. The signature is stylized and appears to be 'C. Coasio'.

ESTOS SON LOS VERSOS DE ANTES...



Carlos

ESTOS son los versos de antes, los de la primera juventud, cuando aún el amor no había llamado a mi puerta y cuando yo creía todavía que esa sed insaciada y ese tremendo vacío de soledad eran la expresión más auténtica de la amargura inspiradora.

La desventurada predestinación del artista, en cuanto que es el dolor y no la dicha lo que lo hace enfrentar su verdad cara a cara, gravitaba en mí como una instancia permanente. Pues nadie interrumpe un beso para componer las estrofas que lo han de cantar: a la dicha, pura y simplemente se la vive; y la dicha, si inspira, inspira con el recuerdo, que es siempre descolorida copia de la vida vivida. En cambio el dolor mueve directamente, por su punzante presencia, con una inspiración que es liberadora y en la que por eso se está del todo, sin residuos.

Estos son los versos de antes. No me engañó el placer que también, por un misterio, debemos llamar amor. Asimismo comprendía que el dolor supremo, el que tiene una dimensión infinita por lo humano y por lo divino, es el dolor de amor, es la pena de



amor, donde la amargura es de por sí castigo, para recoger los dos significados que la palabra pena tiene en esta locución. Pero creía que este dolor radicaba en no haber encontrado el amor; que estaba en la exhausta soledad de cada cual; que habría de desaparecer como las sombras una vez que llegara el amanecer.

Así escribí estos versos de antes, en soledad y esperando, herido por la intimidad de la vida y por sus historias trucas, pero creyendo en la dicha como serenidad.



La iniciación del parque

EXTASIS de la hora del ocaso
ante el silencio y la primera estrella,
ante el jardín cruzado paso a paso
y ante el alma, por lírica, más bella.

Estado de ánimo inicial del parque
lleno de ecos del pífano de caña,
momento y sentimiento del embarque
para la isla que el mar de ensueño baña.

Momento de quietud y de letargo
que duplicas la lágrima en delicia
como el fruto maduro y algo amargo
que el árbol nos entrega por primicia.

Porque no es, ciertamente, lo más noble
el no encontrado amor que adentro arde,
sino el saberse un alma, ante la doble
belleza de la fronda y de la tarde.

Tú, momento inicial que reverencio,
abres la puerta al ruiseñor cautivo



y el eco, que es un ave en el silencio,
huye de mi flautín como algo vivo.

Y así despierta mi alma de su sueño;
así, junto a la sed de amar que llora,
desde la isla lejana del ensueño
sale la alondra en busca de la aurora.

Así conoce de ternura y gozo
la tristeza sin par del alma pía;
todo está en descubrir en ella el pozo
de donde ver la estrella en pleno día.

Porque el secreto de la flor que engendra
está en la abeja recamada de oro.
De este modo el dolor al alma acendra
cuando ve en ella el Bien como un tesoro.

Y ante la iniciación que así concluye
tú, Silencio, me nombras y me nombras;
y el espíritu hecho de luz, huye
pasando de las sombras a las sombras.



Sor Meditación

AMIGA Meditación, vieja amiga Meditación,
acompañame en este viaje transoceánico y lento
en el que ha resucitado mi sentimiento.

¿Recuerdas la furia intempestiva
que tuve, de matar al corazón?
Pues he fracasado en el intento,
amiga Meditación.

Tú te conservas como una siempreviva;
vieja, linfática y rígida, mantienes natural
toda tu antigua arquitectura mental.

He dejado de verte
desde que profesaste en el convento templario
donde, con tu vestido de sudario,
buscaste la familiaridad de una muerte
que no tuviera Calvario.

Y en ese apagado recogimiento religioso
querías ser para mí la perfecta reclusa,
mística en su oración siempre inconclusa
y alada en su andar sonámbulo y vagoroso.



Mas, a pesar de lo que haces de tu parte,
no puedo acostumbrarme a llamarte
sor Meditación,
porque al verte ahora encerrada tras la reja del
[convento,
tengo el presentimiento
de que tú también tienes corazón,
vieja amiga Meditación.



Melancolía

¡OH la divina caricia
del dolor!
En mi alma es una novicia
que en saya de bruma inicia
la plegaria del amor.

Así es mi alma: un convento
donde un leve son de viento
canta y canta una canción;
ritmo dulce, brisa fría,
hechos de melancolía
viento y son.

Y así, siempre, cuando inicia
su oración,
se entristece la novicia
mientras en el ara oficia,
de albo y negro, el corazón.

Como a la beata Imelda
la visita allí en su celda
la luna, cuando ora en cruz;
y hay para ella un vaticinio



en el halo de aluminio
de esa luz.

Siempre triste, siempre grave,
sin hablar,
la novicia sólo sabe
que al volar ignora el ave
el secreto de volar.

Y en su afán incomprensible,
más allá de lo posible,
sobre el haz de luz lunar
—oro y oro en doble hechizo—,
ve un ave del paraíso
por volar.

Ni un sollozo, ni un indicio
de dolor.
El ave es en su ejercicio
el cáliz del sacrificio
de su vida y de mi amor.

.....
.....

Loca fantasía mía
hecha de melancolía
auroral y nocturnal,
en ese instante ¿qué se hizo
el ave del paraíso
ideal?

¿Y por qué sólo subsiste
de esa paz,



la amargura de ser triste
por palpar en lo que existe
algo eterno en lo fugaz?

Loca fantasía mía
hecha de melancolía
auroral y nocturnal,
melancolía de oro
y de luz, ave que adoro
por mi mal.

Cansancio

PORQUE tú me prohibiste que alabara
el alabastro de tu cuerpo manso,
está mi alma, como el agua clara,
de silencioso espejo de remanso.

Espejo donde la prohibición dura
justo castigo, a su pesar, consiente
ya que mejor refleja tu hermosura
cuando menos la canta en la corriente.

Porque tú me prohibiste que me diera
el gusto simple de nombrarte en todo,
como el jardinero a la primavera
la nombra en cada flor de cierto modo...

Mas para qué seguir llenando el vaso
con este lento tema cansador;
cierra los ojos al silente ocaso
y se habrá hecho la noche en tu interior.



Para tu alma y tu cuerpo

*J'ai écrit ces vers, à la tombée
[d'un soir,
lorsque j'appris qu'il n'avait
[pas d'espoir.*

TE encontré en mi camino.
¿Fuiste para mí ángel del mal o ángel del bien?
¡Qué difícil es apreciar el destino!
Tú lo ignoras y yo también.

Sólo sé que te he dado lo que a nadie había
[dado,
sé que fui instrumento de tu voluntad
y que el tiempo que estaba lejos de tu lado
duraba una eternidad.

¿Recuerdas? Me dijiste con angustiada delicia:
—“Si ya tuvieras novia, si acaso
leyera la noticia
de que tu boca apaga su sed en otro vaso...”
Y en seguida transparentó tu amargo dejo
en dos lágrimas que sirvieron de espejo.

Después fue mi amor sin reservas;
en vez de hacerme él más hombre, me tornaba
[más niño;
mi cariño,
quizás por ser absurdo, tal vez por ser vedado,



creció como las malas yerbas
hasta agostar las simientes buenas de mi prado.
¡Pero qué me importaba si yo estaba a tu lado!

Y ahora... Era tan poco lo que tú pusiste
que pudiste dejarme sin ponerte muy triste.
Tus besos serán de otros,
entregarás tu carne muchas veces,
gente desconocida sabrá las cosas de nosotros
y yo seré un mes más entre los meses.

La vida de los pájaros está en cambiar de rama;
su vuelo es una perenne huida sin rumbo fijo;
ellos no tienen de prolijo
sino el canto repetido que el amor les reclama.
Así tú que largaste las velas para seguir adelante
aprovechando el viento propicio del instante;
tú, ángel del mal o del bien en tu inconsciencia,
que acaso todo cuanto llevabas me lo diste.

Que Dios bendiga siempre tu existencia
no dándote el veneno de lo triste;
que sea como un remanso la paz de tu conciencia
donde se hunda en olvido lo que conmigo hiciste;
y que pueda lo noble que en tu ser se consume
abrir junto a tu lecho su frasco de perfume
cuando, borrando todo, la muerte, hasta tu alcoba,
se arrime, al fin, pasando las plumas de su escoba.



Elegía del amor inballado

¿Ves? Voy curando del amor pasado
con el dolor que me hace indiferente.
Ya puedes acercarte hasta mi lado
que comienzo a sentirte como ausente.

La explicación es bien sencilla y clara;
los doctos la conocen como antigua:
andando al sol se curte al fin la cara,
sufriendo mucho el alma se amortigua.

¿Lloras? Fui un ave que volvió a tu mano
después que tú la abriste sin cariño.
Has repetido el gesto... y es en vano
que, por mi vuelo, llores como un niño.

¿Lloras? Yo también lloro, mas mi llanto
no aflora, hecho cristal, en mis pestañas,
que el castigo de haber querido tanto
es que algo quede ardiendo en las entrañas.

Al fin las lágrimas que salen fuera
tienen, sobre las otras, la ventaja



de que en ese algo el alma se aligera
cuando a la celda del recuerdo baja.

Por eso es imposible que te niegue
la luz crepuscular del horizonte;
acaso sólo con el tiempo llegue
a encenderse una estrella sobre el monte.

Mas no vale la pena que prosiga
ensartando congojas y congojas.
Lo demás . . . que, en silencio, te lo diga
el viento que ha barrido nuestras hojas.

Reticencia

POBRE amiga mía,
¿para qué?
Es verdad que un día
con locura amé.

Pero tú lo miras:
terminó...
¿Sollozas? ¿Suspiras?
Igualmente yo.

Pasó la comparsa
del amor;
queda de la farsa
todo lo peor.

Quizás te sea triste
recordar
lo que en sueño viste
después de soñar.

Pero si es la historia
de tus penas,



pierde la memoria
o ábrete las venas.

Y como yo vivo lo
que es, tal cual,
me resulta frívolo
tu empeño carnal.

Por eso es homólogo
lo que en ti
se encuentra de prólogo
y epílogo en mí.

Con todo, no creas
que yo soy
quien no ve que seas
tú mi amiga hoy.

La vieja taberna
del placer
da la fuerza eterna
que une a hombre y mujer.

Concurrente asiduo,
como fui,
queda algún residuo
de tu amor en mí.

Resto desteñido
que da en ser
lampo desprendido
de un atardecer.



Resto que se trueca,
sin pasión,
en hilo, en la rueca
que es el corazón.

Residuo senecto
que quizás
tenga el valor recto
que al amor tú das.

Por eso no quiero
ver tu fe.
Sólo amistad... pero
amor, ¿para qué?



La tristeza del amor que no fue

DULZURA de la tarde triste,
en la sombra de tus ojeras
guardas la lágrima que existe,
de algún modo, en las primaveras.

Y yo, que también he vivido
todas las primaveras ésas,
la tristeza de lo que ha sido
comprendo bien, cuando me besas.

La tristeza de lo que alcanza
su ser, sin ser en realidad;
el punto de desesperanza
donde está la felicidad.

Bruma del crepúsculo lila,
tú llevas entre tus colores
la lágrima que se destila
del jugo de todas las flores.

Lágrima donde deposita
su sedimento la pasión



y donde está la margarita
deshojada del corazón.

Donde también quien ama escribe
el canto del amor eterno,
gozoso de saber que vive
por él, la dicha del Infierno.

Por eso, en íntimo sosiego,
ya no me pregunto más: —“¿Cuándo?”
Me ocupo de atizar el fuego
pronto para morir amando.

¿Ves? El día, entregado a su obra,
hace el crepúsculo, constante;
y en cuanto más belleza cobra,
de sí, se pone más distante.

Así mi espíritu acumula,
para no ser, todo su afán,
como ese cielo que se azula
gracia a las horas que se van.

Sólo en muy raras tardes lilas,
después de mucho meditar,
siento en la luz de mis pupilas
sombras y ganas de llorar.



El adiós

CON un débil sollozo, dulcemente,
me alejé para nunca retornar,
así como se aleja de la fuente
el agua sin cantar.

Pero no; fue con un clamor salvaje
que destrocé mi dicha en un momento,
tal como cae parte del ramaje
por la fuerza del viento.

Pero no; fue como la fuente bella;
mi tristeza era dulce y soñadora;
algo como la muerte de una estrella
por la próxima aurora.

Pero no; se acabó como las ramas
quebradas al luchar contra el ciclón;
algo como... (¡lo sabes, tú que amas,
corazón, corazón!).

¿Cómo fue, al fin, pobre recuerdo loco?
¿Cómo dijiste entonces el *¡Jamás!*?
¡Ah!, tal vez con tristeza y con un poco
de amor... y nada más.



La belleza del amor efímero

¿No ves el humo, azul como tus ojos,
que se deshace imperceptiblemente?
Así lo nuestro fue, con toques rojos,
ya que hubo de brotar de rama ardiente.

Pero nuestro humo fue humo con esencia
pues tu yerba fue sándalo en el caso.
Y así quedó conmigo tu presencia
en el aroma que impregnó mi vaso.

Variaciones sobre la tristeza

—¡MIRA, ya me anda buscando!
Cuando ayer se iba, por eso
dijo un suspiro: “¿Hasta cuándo?”
Y fue un beso.

—¿Quién es ella? ¿Qué la liga
para ir siempre en pos de ti?
Es extraño que te siga
porque sí.

—En *La leyenda dorada*
debió estar la Virgen Negra
porque aún no siendo nada,
la integra.

—Pero, escandinava o nubia,
¿Quién es, por curiosidad?

—Es dulce como la lluvia,
¿no es verdad?

—Sí... , pero ¿quién es en suma
para ir siempre en pos de ti?

—Es honda como la bruma,
¿no es así?



—Conforme, mas no me explicas
tu insistencia en silenciar.

—¡Qué encanto en las cosas chicas,
singular!

—Basta, por Dios; en tu juego
nada has dicho claro aún.

—Sí; tiene algo con el fuego
de común.

—Pero, antes que llegue, díme
donde tiene su poder.

—Cuando adviene a madre, gime
la mujer.

—¡Oh, qué mísera es la falda!
¡Sus botas, sucias también!

—Sólo miro la guirnalda
de su sien.

—No es para que ella te guíe
por tu dédalo interior.

—Es que Mona Lisa ríe
sin amor.

—¡Bah!, ya me aburres; espero
que dirás donde la encuentro.

—Habita en el alma, pero
muy adentro.

—¿Y por qué la buscas si ella
mora en el fondo de tu alma?

—Sólo se agita la estrella
en la calma.



—¿Y con eso...? No te entiendo.

—Que algunas veces se ofusca
el alma que está muriendo,
y se busca.

—¿Que ella se busca a sí misma?
¡Imposible!... es un error.

—No, si miras por el prisma
del dolor.

—¿Y entonces la pena anida
sobre la vida en quietud?

—Todo al contrario; es la vida
la inquietud.

—Pero por vida ¿qué entiendes?

—¿Qué más se puede entender?

—No es eso; no me comprendes.

—Puede ser.

—Me voy. No doy en tu juego;
queda tu explicación trunca;
volveré pronto... ¡Hasta luego!

—¡Hasta nunca!



Destino

¡QUE escriba yo la historia de tu vida...!
Me pides, noble amiga, un imposible,
porque tu espíritu es como una herida
que al sangrar va diciendo lo indecible.

Tú, mujer, fuiste definida
por el hecho total e inasequible
de no morar ni estar en parte alguna,
...salvo en la luna.

Y, en la obra de arte,
así posó sobre mis hombros su cabeza la tristeza,
para que yo le acariciara la cabeza,
mujer que nunca pude hallarte.



Invocación al silencio

SILENCIO, amigo para toda confianza
y hermano que usas del lenguaje más suave,
amo el recogimiento grave
con que acoges mis casos de conciencia.

Eres el consejero discreto
que nunca yerra al dar una opinión,
pues sabes que siempre hay un secreto
en el fondo de todo corazón.

Sin duda en eso está tu discreción:
en respetar esa partícula breve
por la que se mueve
nuestra vida toda
y a la cual se acomoda
hasta lo que no tiene acomodación.

Tu sabiduría da la respuesta exacta
para la herida honda y para el caso trágico,
arte de curar, arte mágico
que siempre deja al alma intacta.
Arte mágico de destreza inverosímil
ya que el alma es una corola de rosa,



múltiple en sus pasiones para perfección del
[símil,
que se desmorona a la más mínima cosa.

Maravillosa alquimia
donde se vuelve de oro cuanto mojas;
que así se anuncia la sazón de la vendimia
con el marchitamiento de las hojas.

Tú subsistes sin formas; oficias sin liturgia;
tú manejas el tiempo y ésa es tu taumaturgia.

Por eso nada importa que a los ojos tiña
un violeta de sufrimiento;
tú sabes madurar en él, como en la viña,
el racimo de uvas del momento.

Y sabes también, con precaución compasiva,
no interrumpir, con tu presencia, el alborozo,
porque no se te oculta que la vida es esquiva
en brindar a la princesa cautiva
esa clase de reposo.

Postrer merecimiento que en santidad te perfila
como una perenne acumulación de congojas,
tal cual se hace la luz interior de la pupila
a medida que, al leer, van pasando las hojas.

No eres una gota escurrida de la muerte.
En tus remansos, lo más mío con mi vida
[empalma,
pues lo que me nace porque sí, como el rocío,
para ser lágrima en los pétalos, eso es lo más mío.

¡Cómo, pues, no comprenderte,
sumiso silencio acongojado,
si eres la beatitud del alma
cuando el alma ha pecado!



Invocación a la soledad

¡OH soledad, hermana preferida
para las confidencias del jardín.
Para el coloquio donde está mi vida

como un dolor que no tuviera fin.
Para ese tema un tanto monocorde
que se musicaliza en mi flautín.

Para ese afán de llenar hasta el borde
la copa que unirá, cuando se quiebre,
su espíritu y su cuerpo en un acorde.

Soledad que cincelas como orfebre,
sin mirar el tamaño de la joya,
más filigranas cuanto mayor fiebre.

Soledad de la nave a la que apoya,
mientras dura la tempestad nocturna,
el punto luminoso de la boya.

Soledad de la abuela taciturna
que, para ver las esperanzas muertas,
abre su corazón como una urna.



Ventana de la torre cuyas puertas,
para toda paloma mensajera
de la infanta cautiva, están abiertas.

Compañera del alma, compañera
a quien: —“Ya vuelvo”, dije un claro día,
que comprendes la angustia de la espera
porque acaso me esperas todavía.



Las armonías paralelas

El cielo está en un éxtasis sobre el ocaso en calma.
(Frente a mi vida llora su imperfección el alma.)

La tarde en lo visible maneja un invisible.
(En mí se da el problema de una suma imposible.)

Un ave en su trapecio de alas se estampa en lo
[alto.
(Mi salto en el vacío no es como un simple
[salto.)

Y esa ave escribe signos en el cielo de raso.
(Se están buscando mi alma y el alma del ocaso.)

En los pastos que ondulan huye un frufú de
[sedas.
(El alma se ha extraviado con tantas alamedas.)

El cerro azul sostiene la quietud del paisaje.
(Psique mira el otoño cuando mira el bosque.)

Y el tiempo, que es ingrátido, se hace sentir con
[peso.
(El alma de la tarde se apronta para el beso.)



Y es la paz del cielo una con la quietud del
[campo.
(Y mi alma, hecha de nieve, se desploma en un
[ampo.)



Scherzo del eco

PAUTA
para mi razón
es la flauta
que salmodia incauta
las ansias del corazón.

Por eso, que no se quede
tu alma sin cantar;
siempre accede
al ritmo que puede
dar.

¿Cabe
otra solución
cuando sabe
la vida, que es ave
peregrina en la estación?

Sollozo, suspiro, beso,
antes y después,
embeleso,
éxtasis... todo eso,
¿es?



Blanda
sea, pues, tu voz:
si te agranda,
no es porque se expanda,
sino por llegar a Dios.

(Aunque de todas maneras
tendrás al final,
en tus eras,
tras las primaveras,
sal.)

Listo
siempre el brazo ten,
que se ha visto,
en la muerte, Cristo
abandonado también.

Si él se acogió en su quebranto,
en sí mismo, tras
amar tanto,
advierte, ¡tú cuánto
más!

Toma
del olivo fiel,
la paloma
que huyó de Sodoma
coronada de laurel.

Y busca en la tarde el tilde
del astro de paz,
paz sutil de



la estrella de humilde
faz.

Vivo
da entonces tu son,
que un olivo
es más expresivo
que un laurel, en la oración.

Y un eco —tu huyente cuita—,
sentirás allí
que musita,
llegando a tu cita:
—¡Sí!

Nocturno

SIENTO una vaga sensación de aliento.
Llega el recuerdo en íntima inquietud:
tú... yo... una historia muerta... el firma-
[mento
con una cruz al sud.

Yo siento lo insondable en torno, siento
mi inquietud dilatarse en la quietud.
Lloran, afuera dulcemente el viento
y adentro mi laúd.

Y el espíritu canta, el alma vibra,
cada estrella se alarga en una fibra
de claridad y amor;

los ecos dan un alma a cada cosa
y entonces se comprende que es hermosa
la muerte de la flor.



Impromptu del ser en la nada

EL agua
su clara risa fragua
sin un compás.
Y ríe
como ella se deslíe
cada vez más.

La fuente
murmura dulcemente
cierta canción.
Y llora
la fuente inspiradora
una ilusión.

Es doble
la esencia de lo noble
en lo real;
en eso,
entre lágrima y beso,
duerme mi mal.

Y encuentra
donde mi psiquis entra



siempre un dolor,
que cuida
la dicha de la vida
lleno de amor.

Dos gotas:
acorde de dos notas;
tal su elixir.
Pues, caso
de apartarlas, ¿acaso
fuera vivir?

Si asume
su ser como un perfume,
quien por sí piensa,
le estorba
el arma de hoja curva
en la defensa.

La seda
del gusano que queda
en su prisión,
es copia
del tesoro que acopia
el corazón.

Y es cero
no ver como es primero
el 'hoy y aquí';
que estar
en el mundo, es azar
de un ente así.



La nada,
que ya antes de encarnada
es nuestro mal,
la hereda
el gusano de seda
de cada cual.

Por eso
entre lágrima y beso
muere mi bien,
que encuentra
donde mi psiquis entra
siempre también.



Desesperación

I

EN esta medianoche hay un menguante
que va saliendo con luz mortecina y asfixiante.
Una luz que a mi alma desasosiega e importuna
como nunca lo hicieron las noches de luna.

Y como llueve fuerte de un negro nubarrón
son gotas ardiendo las que caen en el jardín
El viejo jardín de la abadía abandonada y
donde cada rosal crece sobre una fosa
y donde, en un crispado lapacho de ramas
ve la imaginación desesperada
colgado el espectro de Poe como una llamarada,
pagando al fin sus cuentas como Judas.

II

—Corazón mío —dígame con la dulzura de un
asciende hasta la rosa, no quedes en la espina;



la rosa tiene un espíritu que al tuyo se asemeja
y será generosa en dártelo si aprendes de la abeja.
Deja la fantasía macabra que te acalla
y, como el joyero que la piedra talla,
ábrete al amor, multiplicado
en facetas, feliz de haber amado.

Entre todas las mujeres solo hay una perfecta.
Búscala para reclinar en su hombro tu sien;
y cuando dichoso la encuentres, sabrás al fin que
[también
entre el dolor y el amor, la línea más corta es
[la recta.

III

—De la batalla de la vida, nadie sale ileso.
¿Quién no sabe que las cosas se compensan con
[un beso?
Pero huele en el aire llovido la sequedad de la
[hojarasca
y dime si es dable esperar que lo sembrado nazca.
Oye al buho y a la lechuza graznar en dúo
y dime qué puedo aguardar de la lechuza y el
[buhu.

Y, sobre todo, mira el parche rojo del men-
[guante que sale
como un coágulo de una cósmica herida,
y dime si de mi alma, que es también una noche,
[vale
la pena que así, por un quizás, deje escapar su
[vida.



Así soy yo

OTRA vez, sentimiento, en un monólogo
cuyas sutilezas serán para muy pocos
ya que, en el libro del mundo, el prólogo
ha sido escrito por los soñadores y los locos.

Ensoñación y locura del dolor sin memoria
que se borra a sí mismo en la conciencia
y que al serle imposible revivir como historia,
por falta de pasado se va de la existencia.

Ensoñación y locura también
de toda corona de espinas en la sien,
sabiendo que vamos muriendo
con la vida de la vida,
en el destino dichoso y tremendo
de la fruta prohibida.

Temiendo que te apagues, me entrego en
[servidumbre:
yo cuido tu rescoldo para salvar mi lumbre.

No logro anteponer como silencio, la fuerza
[de mi orgullo;



me vence la palabra, lo que ella expresa, lo que
[nombra.
El gusano de seda, en su capullo,
ha olvidado su historia; su vida es pura sombra.

¿Ves cuál es mi caso?
Claudico por mi palabra a cada instante,
como al final se rompe todo vaso,
ya que no existe el vaso de diamante.

Así escribí estos versos que no quise
dejar en el olvido:

El viento que movió las hojas, dice
la historia de las ramas y del nido;
por eso quisiera ver el árbol caído
para que no retorne por su infidencia el viento.

Y cuando tajo el tronco que resiste y se
[rebelo,
de la copa en flor, mecida por el sacudimiento,
un pájaro, con una rosa en el pico, vuela.



Ese perfume mientras haya rosas...

Preludio

PENA profunda que en el alma brillas,
dame la llama azul que tú exhalas
para que en ella corporice en alas
esta oración que digo de rodillas.

Emoción

SEÑOR, aquí en el huerto, hora de ocaso,
bajo el recogimiento de un olivo,
vengo a verter, por fin, en mi excesivo
gozo, la lágrima que llena el vaso.

Porque ya he comprendido que en la vida,
cuando el brazo es viril y el alma buena,
con el dolor la copa no se llena;
solo la dicha colma la medida.

Yo lloré tanto ya en mi primavera,
supe tanto naufragio de mis barcos,
que en el deshojamiento de los tarcos
—verde y lila— miré la vida entera.

Y abierta mi alma así, como un follaje,



de ella arrancaba el viento, sin violencia,
con alguna hoja en flor, una cadencia
llena de la tristeza del paisaje.

Tú me has visto, Señor, día tras día,
con la ansiedad saltando en la mirada,
esperar en el páramo a la amada
seguro de que nunca llegaría.

Y con esa mortal contradicción
puesta en el alma como una sordina,
se volvió más humana y más divina
la danza en síncope del corazón.

Así parece que el amor midiera
su intensidad, por el dolor que exige,
tal como el número de flores rige
la plenitud de toda primavera.

Pero hoy, Señor, llegó como en un cuento
la ventura de todo lo posible
en un solo rubor indefinible,
en el perfume de un presentimiento.

Y como si ya mi alma dolorida
se hubiera dado toda en viva ofrenda,
he visto entero en flor, sobre mi senda,
el árbol de la fruta maldecida.

Dirán acaso que en dos signos leves,
Señor, he colocado tu justicia,
sin reparar que un rayo, igual, inicia
todo derretimiento de las nieves.



No sé por qué tu voluntad lo quiso;
—¡mi pequeñez ignora tantas cosas!—;
pero en noble misión se abren las rosas
sin que diga el rosal por qué las hizo.

Así, para la dicha cierta, basta
un indicio tan solo, dulce y manso,
como basta al rubor que, en el remanso,
mire su desnudez la niña casta.

Y así la vida se nos muestra hermosa;
la lágrima se torna de este modo
el prisma de cristal que pone en todo
un halo lila y una cinta rosa.

Yo, que te identifico con la vida
de los seres y cosas, también juzgo,
Señor, de tu grandeza, como el musgo,
del árbol, por la sombra en él tendida.

Y a la campestre claridad que amengua,
siento que bajas Tú de las montañas
a abrir mis ojos, secar mis pestañas,
mojar mis labios, bendecir mi lengua.

Paisaje

LA ciudad de las sombras se desploma
en un azulamiento de matices,
mientras en un arbusto de hojas grises
se duerme mi oración como paloma.

Y ya en su término, el ocaso azul se
junta, no sé por qué, con mi oración,



como si allí encontrara el corazón
su propio rezo más hermoso y dulce.

En tanto que la sombra se desploma
en el azulamiento que presencio,
sigue, debajo el ala del silencio,
dormida mi oración como paloma.

Y a tiempo que la sombra más se expande,
se aleja de mi espíritu la calma
como si para contener a mi alma
no fuera el cielo demasiado grande.

En la penumbra del ocaso muerto
se ven en fuga sombras muy confusas;
sólo indicando el paso de las Musas
flota un olor a rosas en el huerto.

Y tal como el jardín cuando la tarde
cierra sus ojos en afán de olvido,
está mi pobre corazón herido
quemando en rosas lo que adentro arde.

Y al afrontar lo que es fugaz y eterno
—ese perfume mientras haya rosas—,
siente a la Muerte, oculta entre mis cosas,
que abre más rosas con su sol de invierno.



Acción de gracias

SOBRE la ruta del amor doliente
me detuve una vez, vuelto hacia atrás,
por una ingenuidad de saber más
de lo que el alma, sin volver, presiente.

Pero algo al corazón le dijo: —¡Tente!;
alguien al alma le gritó: —¡Jamás!
Y en cobardía humana por demás,
cerré los ojos y agaché la frente.

Supe así el peso de la ley del fuerte
al ver que hasta el amor carga su muerte;
pero por ser amor, por ser lo que era,

cayó una bendición sobre mi vida
que me totalizó la primavera
en una sola rosa florecida.



Carri

ESTOS SON LOS VERSOS DE DESPUÉS...

A handwritten signature or mark in the bottom right corner, consisting of a stylized, cursive script that is difficult to decipher but appears to be a name or initials.

Carri

ESTOS son los versos de después, cuando el amor llegó como lo maravilloso; cuando aprendí a diferenciar entre la soledad y la ausencia; cuando la dicha, amenazada o desaparecida, me enseñó recién lo que el dolor era; cuando la separación de los cuerpos con distancias de viajes dio presencia anticipada a lo que no podíamos ser; cuando el último amor llegó más desmedido y profundo que los otros, desafiando al primero, acaso porque la vida se comprende entonces ya como despedida.

Estos son los versos de después, los que inspiró el dolor situado más allá de la dicha por causa de haberla poseído o por haberla tenido tan cercana que bien pude sentirla como mía. Dolor aguzado por la extraña fatalidad que acopló, una y otra vez, un manso anuncio de lo percedero a la entrega de eternidad con que yo me ofrecía. Así esta página estaba destinada para algún nombre idolatrado, en la ventura del amor cumplido. Pero no fue ayer, porque te alejaste; no puede ser mañana, porque aún no has llegado lo suficiente hasta mí. Y no puedo hablar de hoy, porque mi hoy oscila como un temblor entre aquellos extremos. De cualquier manera, ese nombre tiene que es-



capar a la profanación de las miradas extrañas, ya que sólo podría defenderlo una confianza en lo eterno que así como faltó ayer, hoy no ha llegado todavía y acaso faltará mañana por tercera vez.

Debíamos de haber ido por la vida, de la mano, siempre juntos. —“Todo pasa”; así me lo dijeron otrora y así estás por decírmelo de nuevo. Pero acaso antes del final de la jornada sepas que el amor no pasa, y volvamos a tomarnos de la mano para llorar los días que no pudimos vivir.



Balada de las historias truncas

SE terminó la historia del delfín
y la del pájaro con su ala rota,
la de la estatua humana del jardín
y la del pozo que jamás se agota.

Bien sé que para siempre te he perdido,
que todo fue esperar en esta espera,
pues no vuelven las aves a su nido
después que se acabó la primavera.

¿Qué ha de quedar en mí cuando, en mi suerte,
los meses borren lentos nuestra historia
y como un anticipo de la muerte
se cristalice en sombras mi memoria?

En el cuento, un delfín, por su pecado,
fue convertido en piano por un brujo;
y al sonar, nos juntaba en el teclado
la música y la vida, en un embrujo.

Pueril por fuera y por adentro amarga
esta historia de amor que preferías,



era con todo demasiado larga
para la nuestra de tan pocos días.

¡Oh pájaro que vuelas sin regreso
persiguiendo al azar las primaveras,
en tu boca negada para el beso
murió de amor mi amor en sus esperas!

Música y vida . . . ¡Qué contraste en suerte!
La música se integra en cada nota;
la vida, siendo sangre, se nos vierte
y va de menos siempre en una gota.

¿Lo demás? No sé dónde; no sé cuándo.
Ni un alma había para que me escuche.
Mas sé que al dar su sangre, fue quedando
abierto un corazón como un estuche.



Balada de las manos adjuntas

¿CUÁL fue el pedido tuyo a nuestra estrella
la tarde que nos vimos tan cercanos,
cuando en la arena unimos nuestras manos
para hacer entre dos sólo una huella?

¡Qué diferencia entre ese instante eterno
y el curso de las cosas que aquí lloro,
cual si las gemas que embellece el oro
tuvieran que venderse en el Infierno!

Pues te ibas sin saber si volverías,
con otro amor luchando cara a cara,
dejando que el futuro deshojara
también la margarita de los días.

En el recuerdo unido a tu regreso,
que es un encaje con los hilos flojos,
no se miran mis ojos en tus ojos,
ni dialoga tu beso con mi beso.

La flecha que huye al relajarse el arco
consumiendo el envión de su despido,



tiene el vago perfume del olvido
y el adiós de mi puerto y de tu barco.

Por eso quedé a solas con mi sombra,
hijastra que, sin habla y sin relieve,
loca de sed, en nuestra historia bebe
del agua que habla y al hablar te nombra.

Sombra tenaz que por los pies me enyuga
a ese palmo de tierra donde duermo
y en donde está mi corazón enfermo
pensando siempre en su imposible fuga.

Mas siendo mi destino tan humano,
acaso lleves, tibio como un nido,
el hueco de mi corazón herido,
que fue la forma que encontré en tu mano.



Soledad de amor

¿Qué harás en el país noble y lejano
donde se esconde tu imaginación?

Acaso como a un ciego de la mano
llevas por el recuerdo al corazón.

O acaso por la senda del olvido
desflecas sin cariño nuestra historia,
que voló como un ave de tu nido,
que quedó como un nido en mi memoria.

O tal vez en la tarde transparente,
que se vuelve romántica de lila,
descubres en los surcos de tu frente
la lágrima que oculta tu pupila.

Otro modo de llanto que es, acaso,
el que mejor conviene al alma fuerte
cuando está la tristeza del ocaso
tentándola en silencio con la muerte.

¡Cómo vino el granizo! Quise un beso,
un beso de mis labios en tu mano,
y un: —“No es posible entre nosotros eso”,
cayó de la montaña sobre el llano.



—“Es otro amor que en nada me comprende,
es otro amor que en vano me consume,
una iglesia vacía donde enciende
mi lámpara de aceite su perfume.”

Y el alud de tu pena arrasó al paso,
de modo que ganabas con la muerte
cuando el ojo apagado del ocaso
hipnotiza en silencio de esa suerte.

Lágrima que ella se lloró de nuevo
es el agua de luces del brillante;
y así, como alumbrándome, te llevo
dos veces tan ausente y tan distante.

Muy bien sé yo que en el país de oro
donde se esconde tu imaginación,
tú cuentas las monedas de un tesoro
para el cual nuestras cosas nada son.

Pero el milagro del amor es raro;
mi cariño, de eterno, se hace iluso
soñando que al tesoro del avaro
una perla también mi alma le puso.

(Pobre cariño de melancolía,
eres para el agüero una lechuza;
sólo tus ojos causan simpatía
por su fosforescencia de gamuza.

Pobre cariño de melancolía,
eres un lago tan hondo, tan hondo,
que no alcanza a alumbrar la luz del día
las cosas que se hundieron en tu fondo.)



¿Qué harás en el país noble y lejano
donde como una bruma te confinás?
Quise cortar tus rosas con la mano
y han quedado en mis dedos sus espinas.



Balada del viaje de regreso

LA tristeza de estar de ti tan lejos
me deshoja por dentro su mensaje,
pues nuestras almas, como dos espejos,
alejan, al mirarse, su paisaje.

Desoladora suerte, tú lo sabes,
ésa de los espejos paralelos
que da esperanzas liberando aves
y que las quita prolongando cielos.

¿Qué harás en este instante en que anochece?
Busco por mi recuerdo algún alivio
y al pensar en tu cuerpo, se estremece
la mano que lo palpa manso y tibio.

Mano de las caricias voluptuosas,
mano que ve en la sombra y en el lecho
al celebrar el culto de las rosas
en el altar bisílabo del pecho.

Los dos sabemos que esto es una espera
donde somos los dos nuestros rehenes;



mas va en mi amor, que no es de primavera,
jugándoseme el mundo en que me tienes.

Por eso es mucho tu trivial noticia
de que regresa el corazón intacto;
que así el rocío toca y acaricia
con impalpable y mágico contacto.

Y en la pena de ausencia que padezco,
donde cae a jirones el vacío,
mi telaraña prende en su arabesco
tu rosario de gotas de rocío.



Balada de tu alma y de la mía

¿Qué harás en el país noble y lejano
donde llevaste a ocultar tus heridas?

Corté esta vez las rosas con la mano
y se me hicieron de oro como a Midas.

Pero el propio milagro que te abono
me dice, en sus doradas paradojas,
que tu flauta y la mía están a tono
como cuando a la par caen dos hojas.

Hojas que tienen un común destino,
en su significado tan humano,
cuando bajan del árbol al camino
como tomadas de invisible mano.

Así sé ahora la verdad sencilla
que de tanto querer tu alma acrisola,
esa verdad que moja la mejilla
cuando ella muere de sentirse sola.

Bien sé que estás en la melancolía
despiadada y carnal del aislamiento,



contando cómo pasa lento el día
y dejando volar tu pensamiento.

Bien sé también la historia del ocaso,
ésa que tarde a tarde te derrota
y que es la historia del rajado vaso
de donde se iba el agua gota a gota.

Milagro de mi tacto que así trueca
en carga de oro, el lastre de su nave,
mientras mueve mi espíritu su rueca
y mientras vuela el tuyo como un ave.

Cosas, ambas, que son la misma cosa
en la ventura del amor cumplido,
por el nido en que el pájaro reposa
y el cáñamo que se hila para el nido.

¿Ves? Todo en nuestras vidas se comprende;
tu pena, que es mi pena, así se esfuma;
y tibio hacia el azul el humo asciende
desatando su moño, que es de bruma.



Tristeza de amor

SOÑABAS con marcharte a esa comarca
donde toda malicia el cuerpo pierde,
para zarpar de vuelta con tu barca
cada vez que nuestro árbol esté verde.

Pero había en tus viajes el destino,
entre tanto menudo retroceso,
de tomar una vez otro camino
por el que se camina sin regreso.

Y al fin un día tú también te fuiste
a ese país que sólo en sueños es,
pues la ilusión de erradicar lo triste
no ajusta en la presencia de un después.

Porque después, ¿dónde podría verte?;
después, ¿cómo seguir la historia trunca,
la dulce historia nuestra que la muerte
iba a esconder sin revelarla nunca?

Cuando te pienso en el país lejano
que desde tanto tiempo tu alma evoca,



siento leve la pinza de tu mano
que cierra la protesta de mi boca.

Mientras vuelvas, el caso es diferente:
hay algo tuyo que quedó conmigo;
y aunque el agua se va con la corriente,
sigue diciendo el nombre que yo digo.

Ausencias con retorno que, en su estilo,
van preparando el viaje sin regreso,
como se unen las perlas en un hilo
para el collar que está en la suerte de eso.

Y así, sin tregua, mi alma se oscurece,
que un rescoldo, a la larga, también tizna.
Sin duda, cuando vuelves, amanece...
Pero amanece siempre en la llovizna.



Botella al mar

¿CÓMO será tu tarde? Acaso llueve
y en la llovizna el campo se te esfuma,
de modo que a tu pena así se suma
la pena de la lluvia lenta y leve.

O acaso es la quietud que te conmueve
de una tarde de luz entrada en bruma,
donde un velero transformado en pluma
con algo tuyo hacia el confín se mueve.

Pero acaso no tengas tarde; acaso
tu mirada esté ausente de tu ocaso.

Y el corazón —al fin, náufrago a flote—,
lanza al mar su mensaje de botella,
sin saber que es su ritmo, de rebote,
lo que enciende y apaga nuestra estrella.



Crepúsculo de amor

LA hora crepuscular de nuestras citas
ayer llegó más lenta que otras veces,
sobre el temblor dorado de las mieses
y herida con tu ausencia y por mis cuitas.

Tristeza de quererte, noble y bella,
que ensombrece al amor con su tormento
como cubre la noche el firmamento
para encendernos la elegida estrella.

Por su mal, teje en este otoño amargo,
mi araña psicológica con tu hebra;
y hay un *quid* cuando un ánfora se quiebra
o cuando pasan pájaros de largo.

La huerta oscura sobre el prado claro,
en el ocaso rojo y encendido,
dióle a uno de esos pájaros un nido
para esconder allí su desamparo.

—“No estás solo.” Esto, trémulo vendría
a murmurar tu espíritu en mi oreja,



prendiéndose al zumbido de una abeja,
en ese instante de melancolía.

Instante triste de anunciada ausencia
y ausencia llena de lo tuyo en todo,
llena como el cristal donde, a su modo,
queda algo en nada, al ser su transparencia.

Mas cuando hubo llegado tu mensaje
no sé lo que ocurrió en ese momento;
sólo sé que era luz mi sentimiento
y que era luz también todo el paisaje.

P r o m e s a

—“Tú no sabes muy bien que yo te adoro”,
decías siempre en cada despedida
como quien, al que cura de su herida,
le da por vez una moneda de oro.

Y la frase, fugaz como tu aliento,
seguro de tenerte al otro día,
en ese mismo instante la perdía
dejándola alejarse con el viento.

Frase pueril para mi dicha loca
que a nada en nada le tomaba el peso,
sabiendo que se ataja con un beso
al alma que se escapa por la boca.

Así como el incienso se deshace,
al arder, en el humo y en su aroma,
mientras dura tu ausencia ahora asoma,
intacta en su ceniza, aquella frase.

Pero cuando regreses de esta fuga
seré contigo más sencillo y tierno,
contento de que avance hacia su invierno,
por tu rama, mi vida, como oruga.



Desencuentro

Tú estabas lejos, muy lejos,
distante de la arena y del mar.
Y al asolear mi carne, te veía
en una sucesión de imágenes de espejos
que ni siquiera la fantasía
puede cortar.

Busqué en ojos ajenos tu mirada;
en la arena sedante, busqué tu sombra;
busqué afanoso en las olas tu cabeza alzada...
¡Qué extraño! En esta playa todo te nombra
y todo era nada.

Por eso marché a encontrarte, derrotado y feliz
[con mi derrota:
mis días allá, sin ti, no tenían sentido.
Que así, nota por nota,
revive siempre el alma del sonido.

Pero cuando llegué —¡soy el payaso de la
[túnica roja!—,
te habías marchado ya como hacia tu querencia
buscando también mi compañía.



Y otra vez estoy solo con tu ausencia,
otra vez en el equilibrio de la cuerda floja,
otra vez con tu lejanía.



Hamlet

I

SOMBRAS en la tarde, sombras en mi vida
que es de suave luz;
sombras de la tarde que a rezar convida,
sombras de la dicha de la vida ida
que hacen un paisaje puesto a contraluz.

II

Cierta vez yo quise zanjar el dilema,
con o sin razón;
y apagué de un soplo la llama que quema,
toda el alma en éxtasis de dicha suprema,
de fe hecho una rosa todo el corazón.

Y fue un negro monte; como en un delirio,
monte de terror;
arriba del monte la cruz del martirio
y en ella, como una quieta luz de cirio,
mi alma ya dormida con su rostro en flor.

Entonces la eterna voz de la sirena
claramente oí:
se escuchaba el llanto de la Magdalena...



Y en mi carne blanca, de cilicios llena,
un pagano arquero me clavó un rubí.

III

Con el fondo negro forma un claroscuro
mi alma puesta en cruz;
y ella que no tiene más que anhelo puro,
sin saber que es todo sombras el futuro,
desde entonces pide: —¡Luz, más luz, más luz!



Antinoo

¡P OR qué esa fuerza trágica en tu vida
que en tanta luz vertió tan densa sombra,
hablando en el lenguaje de una herida
al que peca de amor porque te nombra!

¿Por qué? No lo preguntes, camatada,
que basta una rendija del Infierno
para que el arbol de una alborada
esclarezca el misterio de lo eterno.

Deja, más vale, que una estrella selle
este problema como cosa tuya;
depende así de la torsión del muelle
que el andar del reloj no se concluya.

¿Por qué? No lo preguntes, compañero,
pues la melancolía de los viajes
se origina en el alma del viajero
y no en la soledad de los paisajes.

Deja de adorno el búcaro rajado
cerca de las imágenes que adores;



también así conserva tu pasado,
aunque no sirva ya para tus flores.

¿Por qué? No lo preguntes, noble amigo,
buscando la expresión de lo bifronte,
pues tú también padeces el castigo
de estar en la prisión del horizonte.

Deja que sean como son las cosas;
son vidas, paralelas o tangentes;
duran lo que el minuto de las rosas,
pero no todas se abren florecientes.

Sólo el que sabe amar quizás podría
preguntarle al suicida por su drama,
ya que él, como la leña, en agonía
también se encuentra cuando vive en llama.

Sólo el que hunde sus clavos sin martillo,
el que a su corazón usa de aldaba,
el que hace de sus uñas un rastrillo,
el que aplaca su sed bebiendo lava;

sólo ése que ama así, núbil suicida,
podría perdonarte y comprenderte,
que perdonar y comprender tu vida
es comprender y perdonar tu muerte.

Hoy, dos amigos velan tus despojos
que sin resurrección son polvo y viento.
... Y hay lágrimas y sombras en sus ojos
y algo total que da estremecimiento.

También un mármol hay, que está de hinojos,
y un resplandor que cruza el firmamento.



Última

LIBRO mío, hijo de mi espíritu atormentado,
al hacerte
he tenido el ansia ya hallada del divino pecado
y el terror cósmico de la muerte.

Así, en tu espíritu deforme de Quasimodo,
quien conozca el secreto de la vida,
ha de encontrar escondida
la esencia que todos buscamos de algún modo.

Al hablarles en tu lenguaje
a los hombres del presente y del futuro,
avísales que en el eterno viaje,
después que los árboles han volteado su follaje,
la tristeza es el único compañero seguro.

Nos separamos para siempre, hijo;
con mi última palabra comienza tu vida;
así como mi padre me bendijo,
te bendigo también en nuestra despedida:

Hijo mío, sé para el amor;
ofrenda y enseña la dulzura de tu melancolía;



sé como la planta que cuanto más la cortan, más
[podría
en suplantarse la flor cortada con una nueva flor.

Enseña que el verdadero amor, que es
la mejor comprensión de la existencia,
es un ahora
y también un después.

Hijo del corazón, cuando debas llorar, llora;
no sé si así se afirma o se lo niega a Dios.

Pero que te libre de la maledicencia
de tus hermanos, la poca ciencia
que te enseñó tu padre cuando te dijo adiós.

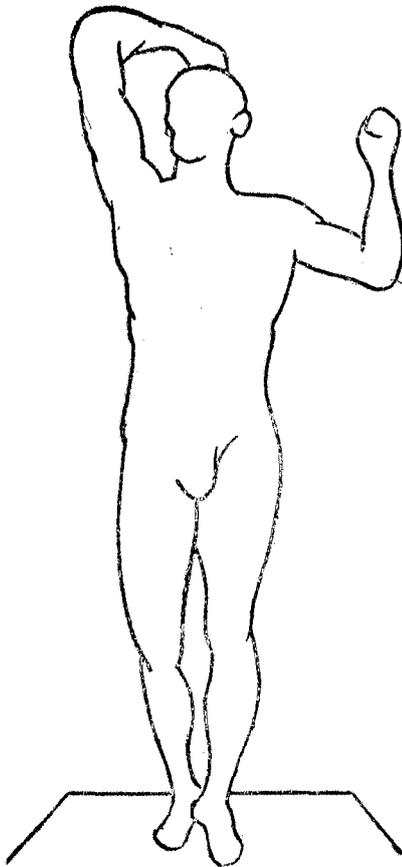


Carri

APÉNDICE

A handwritten signature or mark in the bottom right corner, consisting of a stylized, cursive script that is difficult to decipher but appears to be a name or initials.

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'C. Coasio', located in the bottom right corner of the page.



La Edad de Bronce, la bellísima estatua con que Auguste Rodin representó el despertar de la humanidad como un despertar a la personalidad y que explica el título poemático de este Decálogo, dedicado a los jóvenes artistas.

A handwritten signature in black ink, located in the bottom right corner of the page. The signature is stylized and appears to be 'C. Coasio'.

DECALOGO DE LA EDAD DE BRONCE

I — El salto en el vacío:

Sé leal contigo mismo y escucha tu vocación. Haz un análisis riguroso de las condiciones personales con que contarás en el porvenir; y dentro de lo que ellas permitan, entrégate totalmente a su llamado. Si para ello tienes que luchar, así fuere con tu familia o con tu clase social, que ésta sea tu primera lucha.

II — La siembra:

Vive ese destino más con amor que con sentido utilitario; y aunque la incomprensión ajena te amargue o te lastime, bríndanos con largueza aquello que seas capaz de crear.

III — El pan de cada día:

Fortalece tu amor propio; pero hazlo ceder siempre frente a las cosas que valen más que el amor propio, esas cosas sin las cuales no seríamos lo que sentimos ser.

IV — La divina proporción:

No sacrifiques los momentos de placer propios de tu edad, pero que ello no te impida computar cada



noche por lo menos un paso de avance hacia la meta elegida.

V — La voz de la vida:

Si no eres capaz de enamorarte, todo está perdido. Busques la vida que busques, busca en ella el amor. Y en trance de encontrarlo, sé generoso de tu cuerpo para poder ser generoso de tu espíritu; y a la inversa, sé generoso de tu espíritu para poder ser generoso de tu cuerpo.

VI — La fuerza de las sombras:

Persigue la dimensión vital de lo que vayas conociendo en música, en literatura, en arte y aún en ciencia. Ello te será imposible sin el estudio de la filosofía y de la historia; la primera te mostrará lo que de eterno hay en el instante fugaz; la segunda te hará ver lo que hay de fugaz en los instantes eternos.

VII — La mano derecha:

Si en alguien reconoces un verdadero maestro, síguelo cuanto puedas; y si acaso lo vieras desfallecer, préndeles tus rosas a su corona de laurel.

VIII — La mano izquierda:

No busques la amistad entre quienes no podrían comprenderte a fondo, pues lo que haya en ti de luz es tan importante como lo que hubiese en ti de sombra, para ese encuentro milagroso de la juventud que se realiza como juventud.



IX — Las columnas de Hércules:

Recuerda siempre estos dos viejos aforismos:

Haz las cosas pequeñas como si fueran grandes y llegarás a hacer las grandes como si fueran pequeñas.

Sé audaz; sé siempre más audaz; no seas nunca demasiado audaz.

X — El eterno horizonte:

Ya que eres humano, que todo lo humano te interese; pues nuestra alma, sin sus miserias, no sería tan grande como lo es.



Carri

Índice

Pórtico	9
<i>Estos son los versos de antes...</i>	11
La iniciación del parque	15
Sor Meditación	17
Melancolía	19
Cansancio	22
Para tu alma y tu cuerpo	23
Elegía del amor inhallado	25
Reticencia	27
La tristeza del amor que no fue	30
El adiós	32
La belleza del amor efímero	33
Variaciones sobre la tristeza	34
Destino	37
Invocación al silencio	38
Invocación a la soledad	40
Las armonías paralelas	42
Scherzo del eco	44
Nocturno	47
Impromptu del ser en la nada	48
Desesperación	51
Así soy yo	53



Ese perfume mientras haya rosas... ..	55
Preludio	55
Emoción	55
Paisaje	57
Acción de gracias	59
<i>Estos son los versos de después...</i>	61
Balada de las historias trucas	65
Balada de las manos adjuntas	67
Soledad de amor	69
Balada del viaje de regreso	72
Balada de tu alma y de la mía	74
Tristeza de amor	76
Botella al mar	78
Crepúsculo de amor	79
Promesa	81
Desencuentro	82
Hamlet	84
Antínoo	86
Última	88
<i>Apéndice</i>	
Decálogo de la Edad de Bronce	95



Carri

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES
EL 31 DE JULIO DE 1964,
EN LOS TALLERES DE LA
COMPAÑÍA IMPRESORA
ARGENTINA, S. A.,
ALSINA 2049.

EMECÉ EDITORES, S. A.
LUZURIAGA 38 — BUENOS AIRES

